

A. Domingo Moratalla (2013). *Educación y redes sociales. La autoridad de educar en la era digital*. Madrid: Encuentro

María Díaz del Rey<sup>a</sup>

Agustín Domingo Moratalla es profesor de Filosofía Moral y Política de la Universidad de Valencia. Entre sus muchas publicaciones destaco ahora algunas de las más recientes relacionadas con la educación y la ética: *Calidad educativa y justicia social* (2004), *Ética de la vida familiar* (2006), *Hábitos de ciudadanía activa* (2007), *Ética para educadores* (2008) y *Ciudadanía activa y religión* (2011).

Este breve elenco ya hace presagiar que un libro escrito por Agustín Domingo sobre el tema de la educación y de las redes sociales debe de ser interesante. Más aún en un mundo como el nuestro, en el que padres y educadores pertenecen a otra era distinta de la nueva *i-generación*, separados precisamente por una *brecha digital*. Si los jóvenes de hoy son *nativos digitales*, el resto no somos más que *inmigrantes* que

hacemos incursiones en un terreno desconocido.

Resulta aún más atractiva la lectura si se piensa que el autor es todo un experto en cuestiones éticas y morales. Sin embargo, no se trata de un manual sobre el buen o mal uso de internet, no contiene explicaciones sobre las distintas redes sociales en uso, no es un solucionario de cuestiones complejas, ni contiene pautas regladas sobre cómo iniciar a los hijos en el mundo virtual. Sobre esos temas ya hay abundante material escrito, por insuficiente que resulte en la práctica, o por complicado que sea.

La aportación principal, a mi modo de ver, de Agustín Domingo es la reflexión ante el nuevo escenario en el que nos movemos a nivel educativo. Y es que esta es precisamente la tarea del filósofo en ge-

<sup>a</sup> Profesora en la Universidad Católica de Valencia San Vicente Mártir.

Correspondencia: Universidad Católica de Valencia San Vicente Mártir. Calle Guillem de Castro, 94. 46001, Valencia.

E-mail: mdla.diaz@ucv.es



neral y el valor de su trabajo: descender a las profundidades de la realidad para iluminar desde el fondo la superficie, y no al revés, donde la fugacidad de un mundo cambiante desvirtúa en ocasiones el valor de las cosas; es despegarse de la inmediatez del presente para considerar al hombre hoy, pero teniendo en cuenta su pasado y proyectando hacia delante su hacerse en el tiempo.

Domingo advierte que las tecnologías de la comunicación no solo son instrumentos útiles, sino que tienen una gran capacidad transformadora, puesto que han cambiado el modo de conocer del hombre, su forma de relacionarse, sus valores e incluso su identidad: no existe nada (persona, ciudadano) que no esté en las redes. Es decir, la configuración del ser hombre se basa en su estar presente en internet. No son cambios epidérmicos, sino ontológicos. Ya en la *Introducción*, el autor explica que las tecnologías nos han introducido en un *nuevo modo de estar en el mundo*, puesto que ha cambiado la relación con la información y el conocimiento, los compromisos y hábitos sociales, las expectativas.

Interesantes resultan a este respecto, por ejemplo, estas palabras: "... la era digital nos provee de herramientas nuevas, códigos nuevos, lenguajes nuevos, prácticas nuevas y, por consiguiente, hábitos nuevos. ¿Son también valores nuevos, virtudes nuevas y normas nuevas?" (Domingo, 2013: 15). Y ante los que propongan la necesidad de crear una nueva ética basada en nuevos Derechos Humanos, Domingo

argumenta que basta con profundizar desde la ética en el nuevo contexto y en la finalidad de los usos digitales, para deducir la bondad o maldad de las actuaciones: "la Infoética nos puede recordar que lo importante no solo es regular el tráfico que se produce en el ciberespacio sino motivar a los ciber-ciudadanos para que pregunten hacia dónde quieren ir, con quién quieren hacer el viaje, por qué quieren ir en esa dirección y qué fines persiguen con ello" (Domingo, 2013: 107). Dicho de otro modo, la moralidad depende tanto de lo que puede suceder en el viaje –por seguir con la metáfora–, como de la actitud del viajero ante y durante la navegación.

Ha cambiado también el espacio educativo, que no se reduce ya a la escuela; y los padres han perdido en autoridad educativa para convertirse en un referente moral. Esta situación obliga a repensar los planteamientos antropológicos y educativos, de modo que se presenta ante nosotros todo un desafío en el que vale la pena implicarse. El educador de hoy (padre, maestro) tiene ahora el reto de asumir todos estos cambios como agente protagonista, de dejar de ser sujeto pasivo en medio de una sociedad cambiante y en cierto modo ajena.

Las redes sociales por su parte se han convertido en un nuevo agente educativo, al que vale la pena tener en cuenta, ya que está influyendo en la configuración de la sensibilidad, conocimiento y acción de las jóvenes generaciones (Domingo, 2013: 128). Es importante descubrir la gran dimensión educativa del tiempo libre (la lla-



mada educación no-formal) para desarrollar actitudes, temperamentos y virtudes.

Sin embargo, como hemos apuntado al principio, este libro no es un ensayo, ni un tratado. Es una miscelánea del autor sobre temas relacionados. Si bien permite al lector disfrutar de distintas reflexiones, publicadas la mayor parte de ellas de un modo disperso, no todas se ciñen estrictamente al tema en cuestión, o no todas presentan un mismo nivel de profundización. Así, por ejemplo, *El sentido deportivo de la educación juvenil* (capítulo 2) supone un ligero descenso frente a la altura de *Infóetica y Derechos Humanos* (capítulo 5). A su vez, *La hospitalidad como valor y virtud* (capítulo 4) o *Una antropología del silencio y la esperanza* (capítulo 3) se distancian ligeramente del horizonte de la educación y las redes sociales frente a *Valores y tiempo libre: desafíos de las redes sociales a la educación moral* (capítulo 6).

La tercera parte del libro, *La autoridad en el nuevo espacio educativo*, consta a su vez de tres capítulos que apelan a la recuperación de la autoridad de padres y maestros en la educación. Aunque relacionados, son como un anexo justificado por el subtítulo del libro: *La autoridad de educar en la era digital*, pues no aparece tratado el tema de forma explícita en las otras partes.

Con todo, se trata de un libro unificado por un enfoque coherente y profundo del autor, en el que tienen cabida todos los elementos: ciudadanía, silencio, hospitalidad, alegría, esperanza, responsabilidad, autoridad, empatía, etc. Si se me permite

el atrevimiento, personalmente creo que no sobra ninguno de los capítulos a pesar de lo dicho. No se trata de un *collage* de piezas yuxtapuestas, sino de un mosaico en el que las distintas piezas contribuyen a formar una única imagen.

Por último, solo resta decir que el libro resulta altamente recomendable y útil para lectores de un amplio espectro. De algún modo Agustín Domingo Moratalla anticipa la preocupación del papa Francisco por la educación en la sociedad digital. Así dice el Pontífice en la Carta Encíclica *Laudato si*, n.º 47:

A esto se agregan las dinámicas de los medios del mundo digital que, cuando se convierten en omnipresentes, no favorecen el desarrollo de una capacidad de vivir sabiamente, de pensar en profundidad, de amar con generosidad. (...). Esto nos exige un esfuerzo para que esos medios se traduzcan en un nuevo desarrollo cultural de la humanidad y no en un deterioro de su riqueza más profunda. La verdadera sabiduría, producto de la reflexión, del diálogo y del encuentro generoso entre las personas, no se consigue con una mera acumulación de datos que termina saturando y obnubilando, en una especie de contaminación mental. Al mismo tiempo, tienden a reemplazarse las relaciones reales con los demás, con todos los desafíos que implican, por un tipo de comunicación mediada por internet. Esto permite seleccionar o eliminar las relaciones según nuestro arbitrio, y así suele generarse un nuevo tipo de emociones artificiales, que tienen que ver



más con dispositivos y pantallas que con las personas y la naturaleza. Los medios actuales permiten que nos comuniquemos y que compartamos conocimientos y afectos. Sin embargo, a veces también nos impiden tomar contacto directo con la angustia, con el temblor, con la ale-

gría del otro y con la complejidad de su experiencia personal. Por eso no debería llamar la atención que, junto con la abrumadora oferta de estos productos, se desarrolle una profunda y melancólica insatisfacción en las relaciones interpersonales, o un dañino aislamiento.

